La contradicción revolucionaria

El extremeño Francisco Serrano es uno de seis de la asociación Hostia Un Libro, un colectivo que organiza cada año en Madrid un festival del mismo nombre cuya protagonista es la microedición –editoriales independientes, fanzines, libros-objeto, autoedición, lejos de grandes grupos de comunicación–. Así que no está de más preguntarle a este escritor que defiende el *underground* o la edición no mediática, cómo sienta haber ganado el Premio Tusquets de Novela. "Está siendo un proceso de adaptarse, porque vienes de una experiencia gozosa en los márgenes y hace falta un aterrizaje. Al mismo tiempo, es una alegría: un premio de este tipo te hace sentir validado", reconoce Serrano, que hasta ahora había publicado las novelas *Perros del desierto, Hajira* y *En la costa desaparecida* con editoriales como Episkaia y Alegoría... y que ya tiene en librerías *El corazón revolucionario del mundo*. Con Tusquets, claro.

"La idea de la novela viene de prestar atención a la época de los setenta, a mi interés y obsesión por ese periodo histórico en el que surgieron muchos grupos y células revolucionarias por todo el mundo". Por citar solo dos de los que le sirvieron de inspiración, en la narración tienen su eco la banda alemana Baader-Meinhof y el guerrillero venezolano Ilich Ramírez, Chacal. "Es un juego literario. Porque no son ellos, esto es una ficción, pura novela. Las contradicciones que percibía en esos grupos o personajes reales me parecían muy fecundas para escribir una historia".

Para *El corazón revolucionario del mundo* no se ciñe a una realidad histórica concreta –aunque todo trascurre entre Reino Unido y Francia a finales de la década de los setenta–, ni a una cronología real. Se trataba de "absorber" la época para mostrar el funcionamiento y el pensamiento de quienes podrían haber formado parte. El resultado es el retrato de un líder, una acólita y la red que se teje a su alrededor. Tiene un punto de secta. "Valeria, la chica, es muy joven, está en una edad complicada y es huérfana, no tiene apoyos. Y cuando aparece el carismático depredador emocional, no duda en irse con él". Joel, ese hombre, es bastante mayor que ella y por momentos parece "un guía mesiánico, muy inteligente y tal vez un poco chiflado, que ha ido un poco demasiado lejos en su cosmovisión", explica el autor. Joel le da, de paso, un toque sobrenatural a la historia.

Francisco Serrano gana el Premio Tusquets de Novela

Valeria se pregunta a veces si existe una realidad fuera de su círculo, porque a ella no le dejan ver nada más que el interior de la red; y está compuesta por muy pocas personas, de manera que también llega a preguntarse si de verdad son quienes dicen ser y hacen lo que dicen hacer, ese "acelerar la revolución" con acciones autónomas. Vive con "una sensación de irrealidad" constante.

Y en la pura contradicción de la revolución. Y es que Valeria cocina, limpia, atiende la casa y al hombre como si no estuviera luchando para cambiar las reglas del sistema."Quería que esa desigualdad estuviera presente porque, qué hipócritas son los personajes masculinos de esta historia y de tantos movimientos revolucionarios".

Elena Sierra

Mucho más que claveles

"En ese último mes, cabían cien años y, en la clasificación de drogas del pueblo, las anfetaminas de la política habían superado al opio de la religión", se puede leer pasado el ecuador de la novela *Revolución*, que se convertía el año pasado en uno de los grandes éxitos de la literatura portuguesa de la historia reciente y que obtenía el Prémio Literário Fernando Namora, uno de los más importantes del país. No es para menos, ni lo de los reconocimientos ni lo de la frasecita. Durante unos meses, un par de años, por lo que aquí se cuenta, la Historia avanzó a toda velocidad allí y la política –ya fuera por convencimiento o por pura necesidad; ya fuera progresista o reaccionaria– se hizo fe.

Hugo Gonçalves, traducido ahora al castellano por Rita da Costa en Libros del Asteroide, está narrando la Revolución de los Claveles (25 de abril de 1974) y esa época posterior en que, al parecer, en Europa y en el mundo (el capitalista) los mandamases se preguntaban si Portugal acabaría siendo otra República comunista o caería de nuevo en una dictadura fascista, aquella del Estado Novo que no tenía de nuevo nada. Todo podía suceder, sobre todo porque durante muchos años apenas había sucedido nada. Y así, para detallar esa temporada agitadísima en la vida de portugueses y portuguesas, es necesario hacer memoria y contar también cómo se había vivido durante décadas: el atraso en el que se mantenía en el campo su gente, las clases sociales tan bien definidas desde tiempo inmemorial, las luchas por seguir teniendo colonias, la emigración forzosa –e ilegal: pasaban a España y llegaban a los Pirineos para culminar el recorrido a pie, como hoy se hace desde otras latitudes hacia la Península–, los partidos ilegalizados y, por tanto, las personas detenidas, torturadas, enviadas a prisiones infames en los territorios del Atlántico, asesinadas, acalladas...

Hay tantas historias de la Historia en esta novela, que parece increíble. Para traerlas a tierra, Gonçalves ha recurrido a las de una sola familia. Malu es la hija primogénita –y de padre desconocido, aunque su padrastro la ha acogido y facilitado las comodidades de su clase– y revolucionaria, a la que ya en los primeros capítulos acompañamos hasta la famosa cárcel de Caxias y a las manos de la PIDE; con ella vemos los rincones más oscuros y las contradicciones del manual del buen revolucionario. Frederico es el adolescente que solo quiere la libertad para escuchar música extranjera y estar con mujeres, pero al que la idea de libertad –en realidad– no le dice gran cosa mientras él esté seguro (al menos al principio). Y Pureza es la hija modosa, buena, religiosa, familiar, que cree en el sistema antiguo... porque es en el que su vida se desarrolla como es, aunque a veces se tope con comportamientos que no le gustan.

Hugo Gonçalves narra la Revolución de los Claveles en la novela *Revolución*

Las andanzas de los tres hermanos en un país que se descompone y se recompone, con ideologías enfrentadas, zancadillas y golpes, van montando el mosaico de unos años convulsos, no solo en lo público, sino, tal y como explica Gonçalves, en lo íntimo, privado y familiar. No le falta humor, por cierto.

E. S.